

Escuela de buenas costumbres

Víctor Pliego

PARA interpretar a un personaje, el actor tiene que creer en él, o aparentar que lo hace. Igual le ocurre al músico con la partitura o al director teatral con la comedia. La versión y dirección que Ernesto Caballero ha presentado de *La Comedia nueva* o *el Café* en la Compañía Nacional de Teatro Clásico es estupenda, pero delata un manifiesto escepticismo hacia el discurso moralizador de Moratín. El texto pretende entretener y aleccionar al mismo tiempo, pero el montaje opta abiertamente por la diversión y pasa de puntillas por la reflexión, desde una perspectiva más posmoderna que historicista. La comedia se queda un poco disminuida, aunque el fondo de la cuestión sigue teniendo plena actualidad, pues se refiere a la búsqueda del éxito rápido y sin esfuerzo, a las modas inverosímiles y al papel pedagógico del arte. Se han añadido una escena de *La destrucción de Sagunto*, de Gaspar Zavala y Zamora, y algunos versos de Moratín. Completan el trasfondo de la comedia añadiendo un sentido didáctico que el director no ha sabido advertir en el texto original. La realización plástica del espectáculo es historicista y evocadora. Cuenta con un vestuario exquisito de Javier Artiñano y con una escenografía preciosa de José Luis Raymond. A diferencia de lo que se había convertido en costumbre en las últimas producciones de esta compañía, en ésta no hay música en vivo. Es una sensible pérdida. En su lugar, se utilizan músicas grabadas con una sonorización que deja bastante que desear. Los actores hacen un trabajo magnífico: encarnan perfectamente a sus personajes, huyendo de excesos, y pronuncian el texto con talento, naturalidad y claridad, lo cual se agradece.